

EL REGRESO DE NOLA

39

EDITH HOWIE



COLECCION

Rastros

Una compañía de teatro amateur en el medio oeste con sus enredos y pequeños secretos, las relaciones de los miembros, las historias pasadas y de actualidad, conducen a dos asesinatos. La miope Mary Thorpe indaga sobre el asesinato de una estrella de Broadway, Nola Powers, que ha vuelto para triunfar en su ciudad natal, precipitando un crimen adicional por su intuición y su incapacidad para confiar en los demás, y lo resuelve con la ayuda de la policía local.

CAPÍTULO I

Todo comenzó en uno de esos tristes días de noviembre, cuando sombríos cielos anuncian nieve y una fina neblina empaña los parabrisas y humedece el pavimento. Dos velas ardían sobre la mesa a la cual mi padre y yo estábamos sentados desayunando. El reloj daba las ocho.

No le agradaban las velas a mi padre.

—Mary, si algún día sales de esta fase artística que atraviesas, estaré muy agradecido —dijo él mirándolas.

—A mí me gustan —contesté soñolienta—. No me agrada levantarme en plena noche, pero, cuando lo hago, no me gusta utilizar la luz eléctrica. Prefiero alumbrarme con velas.

—Estoy tan acostumbrado a desayunarme solo y tan inexplicablemente conmovido con tu presencia, que pasaré por alto las velas —dijo magnánimamente mi padre—. Pero —continuó—, ¿tienes algún inconveniente en decirme cuál es el motivo que te induce a honrar mi mesa a esta hora?

—Un tren —dije sirviéndome café—. A las nueve. El «Milwaukee».

—¿De veras? —Papá me extendió su pocillo—. ¿Llegada o partida?

—Llegada —contesté fríamente—. La señorita Nola Powers. Chris Latimer me pidió...

—¡Suficiente! —me interrumpió papá—. Ya puedo adivinar el resto.

Papá ya estaba en pie.

—En ese caso —observó—, puedes ir hasta el club, buscar a Hilda y llevarla contigo. Uno de nuestros soldados contrae enlace esta tarde. Su novia llega en ese tren. Como ella es joven y está poco acostumbrada a viajar, prometí que Hilda iría a esperarla a la estación.

—Muy bien —dije resignada—. ¿Tendré que cantar o tocar el órgano en la iglesia?

—Tocarás, creo —admitió él—. Uno de los compañeros del novio cantará. Yo seré el padrino.

No llevábamos mucho tiempo en Nashiona. Tres meses, más o menos. Anteriormente vivíamos en el estado de Nueva York, donde papá era director de atletismo en una de las grandes universidades. Pero los cargos de esta índole son poco estables y, como papá ya se aproximaba a una edad difícil y lo sabía, ardía en deseos de tomar parte en el esfuerzo común de guerra. En el ejército no lo aceptaron, ni tampoco en ninguna otra de las fuerzas armadas, pues padecía del corazón. Ya comenzaba a desanimarse cuando consiguió el puesto que actualmente ocupa, como secretario de la Sociedad de Ayuda a las Fuerzas Armadas.

No me agradó la idea de tener que trasplantar nuestras cómodas raíces desde el Este al Oeste; pero, como bien lo hizo notar papá, éstos son tiempos de guerra y todo buen ciudadano debe hacer sacrificios.

Debo admitir que, pasados los primeros sobresaltos, succumbí a los efectos de un fuerte entusiasmo, pues para mí nuestro viaje se trataba de una aventura. Mientras tanto, la parte doméstica de nuestra empresa quedaba en mis manos, pues, abandonado a sus propios medios, papá hubiera dormido sobre algún diván o sofá en sus oficinas del edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes; pero, estando yo, era imprescindible tener un hogar. Pronto hallé lo que buscaba: una confortable casita blanca, con persianas verdes, que pertenecía a un agente de seguros actualmente radicado en California. Los cajones con nuestra ropa de ca-

ma, libros, etc., llegaron rápidamente, y en seguida estuvimos instalados.

Las primeras semanas fueron espantosas para mí. Papá permanecía atareado desde la mañana hasta la noche, así que, cumplidas mis tareas domésticas, yo no tenía más en qué ocuparme. Claro que estaba a disposición de la Sociedad de Ayuda, personificada por papá en Hilda Adams, su secretaria; pero la mayoría de las personas que conocí por intermedio de ellos eran militares y pronto me cansé de su compañía. Pero, cuando la situación se había tornado ya desesperante para mí, el mes de septiembre tocó a su fin y el Pequeño Teatro de Nashiona inició su decimoséptima temporada.

Comenzó con una noticia que apareció en el *Nashiona Journal*, especificando que la selección para la primera obra se llevaría a cabo los miércoles y jueves próximos, por la noche, en el auditorio de la Asociación Cristiana, quedando invitados todos los interesados en participar.

Leí el artículo una y otra vez. ¿Interesada? ¿Yo?... Yo, que había disfrutado de tres veranos en la compañía de los *Red Barn Players*, en Cape Cod, destacándome en mi actuación... ¡Cómo no!

Me presenté en el salón de la Asociación Cristiana el miércoles por la noche, dominada por una noble emoción de esperanza y recelo, pensando que, en caso de no hallarme a gusto allí podría deslizarme sin ser vista hasta las oficinas de papá, que estaban frente al salón.

Mis temores fueron infundados puesto que, quince minutos después de haber hecho mi aparición, fui admitida en el corazón del más alegre, amistoso y encantador grupo de seres humanos que he tenido la dicha de conocer. Esta primera impresión que recibí no ha variado en absoluto aun cuando fuera ensombrecida momentáneamente por la desconfianza y el miedo, originados por el terror de una muerte que golpeó implacablemente y sin aviso.

Nunca más me sentí sola y abandonada; nunca desde que fui admitida y formé parte de ese irresistible círculo de amistad compuesto por más o menos doce entre hombres y mujeres jóvenes, que formaban el núcleo del Pequeño Teatro Nashiona.

Esa noche, después de las pruebas, me llegué hasta la casa de los Latimer junto con varias de mis nuevas amistades. Allí, en una inmensa sala en la cual había sido instalado un pequeño escenario, Faye Latimer servía café a la vez que pasaba grabaciones de Tchaikowsky en una vetusta vicirola. Nosotros preparábamos sándwiches y Chris Latimer, sentado sobre el piso, discurseaba sobre teatros habidos y por haber a quienes gustaran escucharle.

Volví a casa aturdida de felicidad. Los apreciaba a todos por igual. Chris Latimer, de cabellos casi grises. Faye, su esposa, delgada y frágil. Alice Wilson, de bonitas facciones y cabellos rojos. Molly Dunbar, pequeña y morena. Rita Carstairs, alta y escultural. Pete Dunbar, tan alto y flácido como su Molly era pequeña y maciza. Mark Kerrigan. El joven Víctor Jameson. Johnny Forrester, la boca constantemente comprimida en un gesto de amargura y una luz de desencanto en sus ojos... Me encantaron todos esa noche y anhelaba conocerlos mejor.

Nunca se ha cumplido un deseo con tanta prontitud.

Presentamos la primera obra a mediados de octubre: cuatro noches ante el público de Nashiona y otras cuatro en el campamento militar situado en las afueras de la ciudad.

Fue entonces, la última noche de nuestra presentación, cuando se recibió la noticia. Produjo los efectos de una bomba para todos, pero era muy reciente mi amistad con ellos, y, además, como nadie se molestó en explicármelo, no pude comprender el verdadero significado de la misma.

Chris hizo su aparición repentinamente en el centro del gran espacio vacío que utilizábamos como depósito y para

ensayos de último momento, y golpeando las manos para atraer nuestra atención.

—Un momento todos —dijo, silenciando toda conversación—. Tengo algo para leerles.

La carta estaba dirigida a la Cámara de Comercio Juvenil, que patrocinaba al Pequeño Teatro. Procedía de Nueva York y la firmaba Gordon Kearnes, conocido por todos los que frecuentan el mundo teatral. Por lo que decía en la misma, tanto él como su empresario abrigan dudas sobre la aceptación de la última obra que había escrito.

“ Debido a esto —decía— desearía someterla a una prueba preliminar en Nashiona, que llevaría a cabo el grupo artístico del Pequeño Teatro, estando él presente a fin de atender consultas sobre cualquier duda que se planteara, aunque el costo de producción y presentación corría por nuestra cuenta.

Agradecía una contestación telegráfica, mientras quedaba muy atento y seguro servidor... *Gordon Kearnes*

Mucho me extrañó el hecho de que, en vez de la ola de entusiasmo que yo esperaba que surgiera al concluirse la lectura, se apoderó de los ocupantes del salón un silencio profundo y pulsante que duró hasta que sentí deseos de gritar, de hacer cualquier cosa para volver a la realidad.

Sí, a mí me había afectado; pero no menos había hecho con Chris. Con un ademán furioso estrujó el papel y se lo metió en el bolsillo.

—Bueno, ya he leído —dijo con voz alta y dura—. ¡Ya me oyeron! Por el amor de Dios, ¿no pueden decir algo?

Fue Mark Kerrigan quien contestó. Retirando el cigarrillo de sus labios y contemplando el humo pensativamente dijo:

—No creo que haya nada que decir —ofreció mansamente—. ¿Si yo conozco a mis colegas de la Cámara de Comercio...? —Su voz se alzó interrogante.

—¡Oh, ya está decidido, ciertamente! —asintió Chris ceñudo—. Firmado, sellado y despachado. Están tan contentos como un cachorro con un hueso. No quisieron escucharme... ¿Por qué iban a hacerlo? ¿Qué les importa a ellos que este hombre sea un zorrino? Ningún hombre o mujer decente... Ningún hombre...

Las últimas palabras se ahogaron en sus labios. Dirigiéndonos una última mirada fogosa dio media vuelta y se retiró.

Por un segundo el silencio continuó, para transformarse luego en el anterior torbellino de sonidos. Sea cual fuere el significado de lo acontecido, esta gente lo apartaba momentáneamente, pues la función debía proseguir.

Mi propio aturdimiento no fue tan fácilmente desechado. Johnny Forrester se encontraba a mi lado y le pregunté:

—¿Qué significa todo esto, Johnny? ¿Qué es lo que han hecho ellos? Lo que dijo Chris... ¡No comprendo!

Johnny contestó con cautela.

—¿Debes comprenderlo? Tú eres extraña aquí, pero los demás lo saben. ¡Oh, Dios, sí! Ellos comprendieron. ¿No se lo notaste en las caras?

Yo sentí deseos de llorar.

—No, no lo noté —dije con enojo—. No me importa. ¡Lo que quiero saber es *por qué!*

Él se apiadó de mí.

—No hay mucho para saber, Mary. Es una vieja historia..., bastante vieja. Verás: Kearnes es oriundo de aquí. En un tiempo fue uno de nosotros, de este grupo, hasta que no lo quisimos más. Chris está en lo cierto; el individuo es un zorrino. Todos lo sabemos y no hay uno que no se alegraría de contribuir con unas monedas para costear una corona para su funeral, si alguna vez llega ese día feliz. Mien-

tras tanto... —movió perplejo la cabeza—. ¿Dónde halló coraje para volver?

—Espera —le rogué—. Todavía no comprendo. ¿Qué hizo él para que no lo quieran más aquí?

Johnny me contestó con una extraña sonrisa.

—Ya lo sabrás. No te sorprendas si ocurren muchas cosas extrañas alguno de estos días. ¿Quieres saber qué hizo? La principal razón por la cual sintió de pronto deseos de ir en busca de nuevos horizontes fue quitarle la esposa a otro hombre. —Y así diciendo se retiró.

Tuve que conformarme, pues por más que traté, no obtuve mayor información esa noche.

Mi forzada ignorancia empezó a disiparse desde el momento en que la inconfundible voz de Chris me llegó, algunos días más tarde, por medio del teléfono.

Me informó que Kearnes llegaría la semana entrante y que, en el ínterin, se habían impuesto algunas condiciones a la proposición hecha por él, siendo una de ellas que la actriz que en Broadway asumiría el papel de Roselle lo haría también aquí. Ella llegaría a la mañana siguiente y se llamaba Nola Powers.

Le comuniqué que había oído hablar de ella.

—¿Verdad que viene aquí? —pregunté.

—Sí, llega mañana de Chicago —contestó—. Quisiera que la esperaras a la llegada a la estación. Yo no puedo hacerlo pues debo asistir a una reunión. Tú eres la única que puede hacerlo.

Yo me sentí halagada y prometí hacerlo.

Todo lo narrado volvía a mi memoria mientras me paseaba por el andén de la estación esperando la llegada del expreso. Hilda no paseaba. Estaba apoyada contra el muro de ladrillos del edificio y me miraba con simpática indulgencia a través de sus gruesos anteojos de armazón de asta.

Su apariencia denotaba lo que era: agradable, digna de confianza, en fin... Papá la calificaba como una «joya de se-

cretaria», y no dudo que lo era.

Me sorprendió el hecho de que, exceptuando algunos soldados, evidentes padres y esposos, no había gran número de personas en la estación a la espera del tren. Ninguno de los del Pequeño Teatro había hecho acto de presencia, aunque pude distinguir a un fotógrafo y dos reporteros del *Journal*.

Mis pensamientos fueron violentamente interrumpidos por la entrada del expreso en la estación. Hilda se separó de mí y en seguida la vi acompañada de una jovencita pálida que supuse era la novia, pero yo aún seguía a la expectativa.

Como lo había esperado, Nola Powers fue la última persona en apearse del tren.

Lucía igual que en las fotografías. Boca ancha, largos cabellos negros, que caían hasta sus hombros y formaban rulos sobre sus ojos color topacio...

Se dirigió a mí, con cierta gracia abstracta e insatisfecha, después de haber alejado a los reporteros con la promesa de una entrevista en otra oportunidad.

Me habló correctamente, pero su mirada vagaba por doquier como en busca de algo o de alguien que, evidentemente, había creído encontrar. Después de cambiar algunas palabras se acomodó a mi lado, en el coche, y, seguidamente, nos alejamos rumbo al edificio de la Asociación Cristiana.

Después de haber conducido a Hilda y a su compañera hasta allí, Nola y yo seguimos hacia el hotel, donde la acompañé hasta su habitación. En el momento de conocer a esta mujer llegué a la conclusión de que eran escasas las probabilidades de que nos agradeceríamos mutuamente, pero yo había prometido a Chris dejarla instalada y lo debía hacer.

Cumplir esta promesa no me fue muy fácil.

Al entrar en la bonita habitación ella paseó su mirada en torno y dijo lánguidamente:

—Todo esto parece un cobertizo, pero...

No me pude contener e interrumpí, irónica:

—Siento mucho que no le agrade, pero probablemente no disponga de esta habitación por mucho tiempo, pues si a uno de estos gordos mayores del ejército llega a gustarle, muy pronto se la quitarán. La política de Nashiona, en estos momentos, es atender a las necesidades de las fuerzas armadas primero, y los civiles tienen que conformarse con lo que resta.

Ella me miró y, en un tono de voz muy cambiado, preguntó:

—¿La he conocido antes, señorita... Thorpe?

Le aseguré que no, agregando que hacía solamente cuatro meses que residía en Nashiona.

Ella pareció confundida al preguntar:

—¿Entonces por qué me esperó usted en la estación esta mañana?

Le expliqué que era componente del Pequeño Teatro y que era la única que había podido disponer del tiempo necesario para hacerlo.

—¿Seguramente no me odian tanto, Mark, Rita y... y Chris? —preguntó con voz dura y amarga.

No le pude contestar. Se volvió hacia mí y notó que mi boca permanecía abierta por el asombro.

—No me diga que no sabe —prosiguió—, que no se lo han dicho... ¡Oh, querida! —Se echó a reír—. Claro que no lo sabes... Y no te lo dirán tampoco. Querida, Nashiona es mi ciudad natal... ¿No lo sabes? Yo fui la esposa de Chris Latimer.

CAPÍTULO II

Lo primero que hice al volver a casa fue llamar a Chris por teléfono. No tenía especial razón para hacerlo, pero me pareció lo correcto.

—Chris, habla Mary —dije—. Te llamaba para comunicarte, que acompañé a Nola hasta el hotel y..., ¡oh, Chris!, yo creo que ella es íntegramente *venenosa*.

Él no habló por un momento.

—¿Te dijo algo de mí? —preguntó al fin.

—Quiso saber por qué no fuiste a esperarla —contesté.

—¡Oh! —dijo, y luego de una pausa continuó—: Los ensayos comienzan el lunes. ¿Vendrás? Creo que hay un papel para ti.

—Sí —le contesté—, iré.

—Bien..., gracias, Mary —dijo, y colgó el auricular.

Después de un momento hice lo mismo. Trasladándome a la sala, busqué cigarrillos, encendí uno y me puse a reflexionar. Después de unos momentos llegué a la conclusión de que Nola Powers, antes de su éxito en Broadway, había sido la esposa de Chris Latimer. Conoció a Gordon Kearnes y, por amor u otro motivo que no adivinaba, habían huido a Nueva York, donde se casaron, aunque yo abrigaba dudas sobre este punto. En la actualidad, siendo ambos eminencias en el mundo teatral, habían vuelto a Nashiona para...

¿Pero por qué habían vuelto a Nashiona? ¿Para vengarse? ¿Para castigar a aquellos que en el pasado los habían despreciado?

Se me planteaba un enigma tan ridículo como incomprendible. Todo el aspecto de la vida en Nasiona había cambiado para mí, y presentía que más adelante ocurrirían grandes acontecimientos.

De pronto la casa me pareció oscura y fría. Como me sentía agobiada y triste, decidí visitar a Faye, pues ella me agradaba y estaba segura de no molestarla.

El chalet tipo inglés de los Latimer ofrecía un aspecto lúgubre. Los faroles suspendidos sobre el portal se mecían a impulsos del frío viento, cargado de nieve, la cual caía en pesados copos sobre el pavimento.

Faye encuadraba perfectamente en el marco melancólico que encerraba a la casa y sus alrededores. Sus ojos se notaban inflamados por el llanto, y parecía cansada y enferma.

—¡Hola, Mary!, ¿quieres pasar? —invitó.

Me ofreció una silla mientras ella se acurrucaba en un sillón junto a la ventana.

—Supongo que la has visto —prosiguió—. ¿Cómo es?

Aguardé un momento antes de contestar a su pregunta.

—Sí, la he visto —dije—, la llevé hasta el hotel. Es bella... ¡La odio! —exclamé súbitamente.

—¿Verdad? —preguntó Faye volviéndose hacia mí—. ¿No lo dices para tranquilizarme?

—¡Claro que no! —contesté indignada—. Tú bien sabes que algunas personas pueden impresionar desagradablemente desde el primer momento. Pues bien, Nola me ha impresionado de esa manera. No la aprecio y creo que nunca la apreciaré. ¡Jamás! ¡De eso estoy segura!

—¡Pero no puede ser tan horrible! —insistió Faye—. Chris la amaba...

—Te dije que era bella, ¿no es cierto? Además, Chris no la ama ahora. Él está enamorado de ti —repliqué.

—¿Verdad? —preguntó Faye nuevamente—. Quién sabe...

Estas palabras me apenaron. Debía ayudar a Faye de alguna forma, y lo hice. Le dije que no debía ser tonta, pues Chris la adoraba. Todos los que conocían a ambos sabían que él vivía para ella. Le dije, además, que Chris siempre hablaba de ella en términos muy encomiables, pues, aunque brusco y malhumorado a veces, extremaba su dulzura en todo cuanto a su esposa concernía.

Me detuve exhausta pero satisfecha al finalizar este coloquio, pues mis palabras habían producido el efecto que yo deseaba. Faye me comprendió. Con el semblante radiante de esperanza dijo:

—Estoy tan contenta de que hayas venido... Al principio pensé que lo hacías por curiosidad, pues yo soy tan diferente de Nola —prosiguió—. Ella es inteligente, bella y famosa. Yo..., yo no soy nadie, pero no me importa. Lo único que deseo es estar tranquila y saber que Chris me ama...

El estridente sonar del teléfono la interrumpió.

Era papá. Quería que me presentara en sus oficinas a la brevedad, pues Hilda me necesitaba por un asunto relacionado con el casamiento. Le aseguré que iría.

—Nuevamente te agradezco la visita —dijo Faye escoltándome hasta la puerta—. Me has ayudado muchísimo, pues estaba tan triste y desconsolada. Tenía miedo...

—¿Miedo de qué? —interrumpí.

—De ella..., de Nola —me contestó—. Temía que viniera por Chris. ¿Por qué otra razón habría de volver aquí?

Me encogí de hombros. Ese problema no lo podía resolver.

—¡Bueno, porque si es así, no lo conseguirá! —prosiguió—. ¡Chris es mío! Ella lo abandonó y ahora es mío. ¡La mataré antes de perderlo, y a él también!

Me reí. Era cómico que Faye dijera eso. Parecía una gata blanca amenazando de muerte a un mastín.

Faye también rió.

—Es cómico —dijo—, pero me siento aliviada. Esta noche le prepararé a Chris una cena espléndida; sus platos favoritos. Después le contaré lo tonta que he sido y nos reiremos juntos.

Seguidamente me despedí de ella, dirigiéndome hacia las oficinas de papá, donde me entrevisté con Hilda e hicimos los arreglos para el casamiento que tendría lugar esa misma tarde en la pequeña capilla de Nasiona.

Hilda había decidido obsequiar a los esposos con una cena como regalo de bodas, e invitó igualmente a un reducido grupo de amistades, entre las cuales figurábamos papá y yo. Con tal fin nos dirigimos después de la ceremonia al *Sweet Shop*, donde hicimos honor a una suculenta comida, disfrutando de un ambiente alegre y festivo.

Una vez concluida ésta, y habiéndose retirado los demás comensales, Hilda y yo permanecimos en el local con el objeto de abonar la adición. Fue en estas circunstancias que me pareció distinguir una risa conocida, y, despertada mi curiosidad, me volví a tiempo de ver a Chris Latimer sentado en un saloncito privado. La mujer que se hallaba junto a él era su ex esposa... ¡Nola Powers!